

## Testimonios de nuestros consultantes a treinta años del golpe militar ¿Quién responde por tanto dolor?

Margarita Mondaca<sup>1</sup>  
José Miguel Guzmán<sup>2</sup>

*Hemos realizado una jornada de reflexión con un grupo de consultantes de CINTRAS con el objetivo de generar un espacio propicio para elaborar el profundo impacto que han provocado tanto las estrategias de reparación anunciadas por el gobierno como el abordaje que se ha dado en los medios de comunicación a los treinta años transcurridos desde el golpe militar.*

*Diversas expresiones de frustración, rabia y desesperanza son vertidas cotidianamente en el ámbito individual, perdiéndose muchas veces la capacidad de reconocer procesos similares en otras personas, lo que constituye una forma más de privatización del daño, condiciona al aislamiento social e impide la elaboración del trauma psicosocial. La posibilidad de compartir pensamientos, sentimientos y emociones en un círculo de personas que han vivido experiencias similares, contribuyó a generar un ambiente de confianza, emotividad y alivio: pudieron volcar en palabras lo que les está sucediendo y constatar que hay otros que sienten lo mismo, que sufren de manera similar, que se sienten paralizados por la rabia e impotencia, pero que en un quehacer conjunto existe la alternativa de retomar un rol activo y crítico en una sociedad expuesta a la consagración definitiva de la impunidad.*

Inicia esta conversación un tímido y pudoroso llanto de Telma, quien fue detenida en 1973 y estuvo confinada como prisionera política en Cerro Chena, el Estadio Nacional y en Tres Álamos, lugares en los que vivió horribles días de tortura. Quedamente nos revela: “En todos estos años no he podido llorar, prometí no darles ese gusto. Tampoco he podido confiar, cargamos con un tremendo bulto de dolor e injusticia, de rabia”. Reconoce sentirse profundamente defraudada por los gobiernos de transición, lo que en días difíciles le genera una rabia incontenible que la va carcomiendo: “Tengo conflictos con lo que ha pasado después del golpe de Estado, el daño que me hizo esta gente me ha costado mucho superarlo, ¿quién responde por tanto daño y dolor?” Como experiencia positiva rescata su participación en los talleres de terapia ocupacional: “Aquí en el grupo nos hemos ayudado entre todos, el compartir el dolor nos ha hecho crecer, entendernos y querernos, y eso para mí es importante”. Con su testimonio nos hace entender que su llanto es una señal de confianza, un regalo para el grupo.

Al tratar de reflexionar en torno a los treinta años transcurridos desde el golpe militar, inevitablemente la mirada se vuelve en forma inmediata hacia el pasado, a los hechos que marcaron la vida de estas personas, y surge el conmovedor relato de aspectos cotidianos, invisibles para otros, pero tremendamente significativos para quien los vivió.

De aspecto gentil y cara alegre, Rosa, esposa de un detenido desaparecido, nos sumerge en un mundo lleno de detalles registrados con exquisito aprecio, atesorados íntimamente, que nos develan una secuencia de hechos, a cuyo recuerdo recurre frente a la necesidad de situarse una y otra vez junto a su compañero de vida: “Muchas veces le pedí que no siguiera, porque había muchos compañeros que no aparecían más. Él me contestaba que nos amaba, que éramos lo más importante para él, pero que él nunca se iba a rendir, que siempre iba a seguir. Dormía en otras partes, se iba de

---

<sup>1</sup> Terapeuta ocupacional, CINTRAS.

<sup>2</sup> Asistente social, CINTRAS.

la casa, mi hijo mayor tenía que andar con un bolso de ropa, dejándoselo en distintas partes. Así pasó mucho tiempo sin tenerlo a él con nosotros, con un miedo atroz a no verlo nunca más.” El día del cumpleaños de Rosa y fecha de aniversario matrimonial, su marido salió por la tarde a comprar a la farmacia y nunca más regresó; su paradero aún es desconocido. Ella nos cuenta: “Empecé a juntar ropa de invierno en una maleta, llegaba la primavera, el verano y yo iba cambiando la ropa, pasaron cuatro o cinco años así. Le pedía a mis niños que no se pusieran la ropa linda, porque en cualquier momento nos iban a avisar que al papá lo teníamos que ir a ver. Me instalé afuera de la Villa Grimaldi por varios meses con la esperanza de oír su carraspera”. Rosa quedó a cargo de sus cinco hijos y pasó serios problemas económicos, pues su marido había sido quien proveía el sustento del hogar. Arrastrando el dolor y la incertidumbre de la desaparición de su amado esposo, se encargó de dar educación a todos sus hijos con un gran sacrificio personal. Nunca volvió a celebrar su cumpleaños. Al finalizar su historia concluye: “Tengo rabia por el modo como nos robaron la vida. Me es imposible perdonar por todo lo que hemos tenido que pasar”.

El testimonio de Rosa nos sitúa en el impacto íntimo que la represión significó para cada persona. Todos revisan en silencio su propia historia, conmovidos por la ternura del relato y el profundo sentido de la rabia expresada por ella. Es precisamente este sentimiento de rabia el que va surgiendo como una de las improntas estampadas en cada uno de los relatos posteriores.

A Patricio, de alguna forma los recuerdos lo hacen viajar a sus veinte años, momento en que fue detenido, y a recordar sus sentimientos expresados en la composición de una canción escrita en prisión. Cuenta que posteriormente fue deportado a Chacabuco, que fue víctima de torturas y reconoce: “Tengo una bronca grande por los sueños truncados”. Con satisfacción cuenta que su orgullo más grande es haber mantenido siempre su dignidad: “Jamás me callé, me mantuve entero.” De su relato se desprende que más que la experiencia misma de la represión, lo que ha ido minando sus fuerzas han sido las continuas frustraciones, las expectativas de justicia y reparación no cumplidas por los gobiernos de la Concertación. Reconoce: “Antes no tuve bajones, ahora sí”. Frente a los acontecimientos actuales, los relatos históricos distorsionados, la apelación a la reconciliación nacional eludiendo la justicia, afirma con fuerza: “No he perdonado ni pretendo hacerlo, quizás me estoy intoxicando pero así lo siento”. Patricio se describe como un hombre sensible, con la misión de impedir que las memorias se pierdan: “Seré Quijote, pero no pretendo bajarme del caballo a media carrera, porque la tarea no está terminada”. Actualmente, una de sus principales motivaciones es trabajar en la educación de jóvenes y contribuir en la preservación de la memoria histórica.

A medida que el ambiente comienza a tornarse más íntimo y personal, condensando el clima de cercanía y empatía, surgen relatos de fuertes experiencias vividas durante la represión, las que hasta hoy se manifiestan con una fuerte carga emocional.

De aspecto sereno y maduro, Orlando, ex prisionero político y retornado del exilio, sobreviviente de la llamada Caravana de la Muerte, relata con entereza y claridad dramáticos episodios que, reconoce, aún le cuesta contar. Recuerda a algunos compañeros de detención actualmente desaparecidos o muertos y se sobrepone para relatarnos lo que han significado estos treinta años transcurridos desde entonces. La vida le jugó con ironía, pues había trabajado un mes en lo que luego sería uno de sus lugares de detención y tortura. “Es difícil empezar a contar esta historia, conocía cada sonido y lugar de Chacabuco. Recuerdo que en uno de los traslados íbamos juntos con presos comunes, ellos iban encadenados y nosotros, los presos políticos, íbamos sueltos. Nos sacaron a la pampa a orinar y, en forma espontánea, todos los presos políticos nos quedamos alrededor del camión, nadie dijo nada”. Así se protegieron instintivamente de ser baleados por la espalda y luego aparecer públicamente como muertos por aplicación de la “ley de fuga”. Reconoce tener malos recuerdos y rechaza los llamados al perdón y la reconciliación: “A quién y por qué voy a pedir perdón, si yo no hice nada malo; ser militante de un partido político o dirigente sindical no es ningún delito. No he hecho esa carta al Senado pidiendo que se borren mis antecedentes penales,

porque no tengo que disculparme de nada. Me indigna cuando se habla de perdón. Cuando caí preso me leyeron mi declaración, la que ya tenían hecha de antemano, y al final firmé vendado y apuntado con una pistola, pensando que era mi última firma. Estuve condenado a muerte, rematado.” Reconoce que una de las cosas que le salvó la vida fue su formación política, la convicción de que su lucha había sido justa, percibir su superioridad moral frente a los torturadores, saber que su silencio resguardaba la vida de otros compañeros y amigos. “Es duro recordar todo esto. Lo que siento ahora es rabia e impotencia, no hay nada que me indigne más que escuchar hablar de reconciliación a gente que uno sabe que en aquella época participó en la represión, me indigna ver libre a los torturadores”.

“Lo que está pasando ahora, esto de que los de la UDI sean los defensores de los derechos humanos, es porque los gobiernos de la Concertación se farrearon la posibilidad de hacer justicia, no hubo voluntad política. La justicia se está viendo sólo un poco, lo mínimo”. Con voz fuerte y notablemente emocionada por el conmovedor relato de Orlando, Isabel, mujer de 49 años, que durante la dictadura vivió largos períodos de clandestinidad junto a su grupo familiar, inicia su intervención. Expresa su rabia e impotencia por los cambios que la dictadura generó en el ámbito social: “El sistema de AFP, la economía del país, la venta de empresas estatales. Pasó toda una vida, pasó tu vida y te das cuenta que no tienes nada, tienes tu espíritu y tu alma, es cierto, pero hubo que vivir tantas cosas en todos estos años y no tienes nada de nada y ellos cada día tienen más. Mis hijos saben que lo que dice la televisión es mentira, porque a ellos les tocó vivir y sufrir algo totalmente distinto”. Ella incorpora elementos que frecuentemente no se abordan en el análisis de los costos de la dictadura: precisa el deterioro de la calidad y nivel de vida generado por el modelo socioeconómico impuesto y las consecuencias que hasta el día de hoy han debido asumir ella y su familia. Con amargura expresa: “Yo deseo que paguen por lo que hicieron y pienso que la van a pagar, la van a pagar, pero ¿cuándo? Nunca”. Va hacia atrás en el tiempo y recuerda la época previa al golpe, de trabajos voluntarios y de activa participación social, se acuerda de su juventud, su energía y sus motivaciones: “Fueron los mejores años de mi vida, eso falta ahora, creo que es necesario recuperar la mística y la capacidad de atraer a las nuevas generaciones, necesitamos un movimiento que encante, que seduzca.”

En este mismo sentido interviene Dora, quien apela a la recuperación de los ideales inherentes al gobierno de Allende. Ella es familiar de tres detenidos desaparecidos y acoge con emoción los testimonios anteriores: “Yo creo que todos hemos pasado una vida parecida, incluso antes del golpe, incluso mucho más atrás, fuimos personas que luchamos por muchos años, lo que me indigna es ver que todavía no nos hemos podido reorganizar, levantar el espíritu y el alma. Lograr eso sería señal de reparación, eso significaría que vivimos dignamente en este mundo. El que estemos pensando todavía sólo en lo que nos pasó, no nos ayuda.” A continuación, Dora apela a la responsabilidad que le cabe a los gobiernos de la Concertación en la mantención de la impunidad: “Creo que Aylwin debió hacer todo desde el primer minuto, tenía todo para hacerlo, dinero, votos, capacidad política, personas, no le faltaba nada. Todo este tiempo ha sido de tortura permanente, como dijo el juez Garzón, no sólo por no saber de nuestros familiares sino por la injusticia, y porque todo se tapa”. Su frustración y desesperanza se refleja cuando expresa con profunda rabia y amargura: “Debemos esperar todo lo malo que puede venir, pues ellos no han cambiado y todavía tienen el poder. Incluso nuestros dirigentes, que pensamos que algo iban a hacer, no han hecho nada. Otros han intentado quitarnos la dignidad con los ofrecimientos de dinero a cambio de la justicia, pero puchas que les ha costado”. Insiste en la necesidad de organización del movimiento social y en el rescate del proyecto de país por el que dieron su vida las víctimas de la represión: “Veo que seguimos separados y desunidos y ahí me viene la desesperanza, me preocupa, porque están consiguiendo lo que se propusieron. Tenemos que organizarnos para ayudar a toda la gente que lo necesita y a todos los que aún no entienden qué es lo que se necesita. Hay otros países que tienen calles, hospitales con el nombre de los nuestros, aquí ni eso. Lograr que esto se realice sería una forma de reparar el nombre de las víctimas y rescatar su proyecto político. Creo que lo que se está planificando y ejecutando a

través de los medios de comunicación es algo maquiavélico. Es bueno entregar los testimonios y reflexionar en torno al tema, pero no debemos quedarnos sólo en eso, debemos procurar que el dolor nos ayude a organizarnos, a conocernos, a levantarnos y volver a caminar juntos.”

Su mensaje trae implícita una señal urgente de reorganización, así como de cautela y capacidad crítica frente a la sobreexposición del tema de la violación de los derechos humanos, cree que nada obedece al azar, sino a una estrategia con claros y mezquinos objetivos políticos. Sus aprensiones son recogidas por Graciela, retornada del exilio, quién hace un recorrido por su biografía de participación social: “A mí lo que estamos viviendo me provoca mucha desesperanza porque participé en la lucha social toda la vida. El golpe para mí fue un golpe mortal, fue de tal perfección que siempre he dicho que fue en la columna vertebral porque nos inmovilizó. En este minuto siento mucha desesperanza y tengo rabia, no con la derecha, porque ellos hacen lo que se espera y cumplen con sus principios, sino con la gente de izquierda, con nosotros y con la división del movimiento de derechos humanos. En muchos momentos me siento como encapsulada, no logro encontrar mi referente, no me siento interpretada por las cúpulas, eso me da rabia, quisiera que se escuchara más lo que la gente opina, es fundamental corregir el factor humano”.

En las intervenciones siguientes se repiten aspectos mencionados anteriormente, como el dolor de las experiencias vividas, la presencia de sentimientos de rabia e impotencia, y la necesidad de recuperar las fortalezas individuales y colectivas con que se impulsó el proyecto de cambios sociales que dio sentido a sus vidas antes del quiebre producido por el golpe militar, mirando no sólo al oficialismo sino a la propia izquierda. Eliana, activa participante de la lucha social, madre de hijas detenidas y torturadas, reconoce que estos treinta años significan para ella “mucho dolor, muchas penas”. Agrega, sin embargo: “Me siento comprometida a seguir en la lucha que es la lucha de todos, aunque tengo odio y rabia, pues me robaron trece años de mi hija”. Se refiere con ello al exilio de una de sus hijas que posteriormente murió a causa de un tumor maligno. El tiempo transcurrido le ha servido para sacar ciertas lecciones, sin duda que la más importante es que “de todos los golpes he sacado fuerzas”. Insiste en el riesgo del inmovilismo: “Una de las cosas que me preocupa y apena es ver que mucha gente sigue en el remanso, me da miedo que la derecha nos aplaste más de lo que ya lo ha hecho”.

Existe concordancia en la necesidad de activarse, de continuar trabajando en diferentes espacios, promoviendo la toma de conciencia del costo personal y de país que provocó el golpe en Chile. Cada uno se reconoce como testimonio viviente, portador de experiencias imborrables.

Doris, quien sufrió un exilio prolongado, a través de su testimonio hace patente la necesidad de rescatar esos testimonios de la verdad para contrarrestar la distorsión de la realidad que sólo persigue forzar el olvido y la reconciliación. Manifiesta su impotencia frente a lo que está sucediendo cuando expresa: “Han pasado tantas cosas y es como si no hubiera pasado nada. Hay algunos culpables presos, es cierto, pero es muy poco frente a todo lo que sucedió. Me genera una profunda rabia lo que aparece en la prensa, porque la derecha usa todo su poder mediático para decir que los asesinos no fueron tan asesinos. El lenguaje utilizado me hace desmoronar, esto de decir que no fueron crímenes sino excesos es terrible, me deaigo con todo esto. Por otro lado, los jóvenes me dicen, olvídese, viva su vida, sea feliz, como si fuera así de fácil.” Doris comparte la percepción de los demás en cuanto a las causas de la situación que padecen: “Lo que ocurre es de exclusiva responsabilidad de estos tres gobiernos de la Concertación. Siento indignación porque la UDI tomó el tema de los derechos humanos y porque sólo ahora el gobierno está apurado por buscar soluciones, cuando antes han maltratado a las agrupaciones de familiares”.

Concluye esta conversación en grupo con intervenciones de todos los participantes valorando la posibilidad de comunicar y compartir no sólo su dolor, sino también sus sentimientos de frustración y rabia, al mismo tiempo que manifiestan su satisfacción por la coincidencia en la necesidad de encuentro y organización. Se ha hecho evidente que, a pesar de haber transcurrido tantos años desde la ocurrencia de las experiencias traumáticas que marcaron un quiebre profundo en sus vidas, para

todos el dolor sigue a flor de piel y su mayor preocupación es la impunidad. Consideran un privilegio el tener acceso a un espacio donde testimoniar, como forma de impedir la impunidad y de influir para que las nuevas generaciones sean portadoras de una mirada amplia, tolerante y de sólido respeto por los derechos humanos.

Publicado en Revista Reflexión N° 30, Santiago, Chile, septiembre de 2003. Págs. 51:55